

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I

Nº 1

1960

y en su santidad demostró ésta su verdad existencial: "He aprendido infinitamente más en Cristo que en todos los libros".

Una filosofía existencial de proyección esencial tomista: *Un salto a lo objetivo*. Tal debió dar, como filósofo, Soren Kierkegaard, creador del existencialismo. Ello hubiera sido la verdadera y única salvación intelectual, no la que buscó (intelectualmente) en el último de sus tres estadios, el religioso. Estos debieron ser: Estético, Etico-Filosófico y Religioso. Llegar al último, pero no con la razón, sino con la libertad y con la gracia.

La tarea filosófica de la inteligencia termina en lo objetivo, y... nada más.

BIBLIOGRAFIA

- JACQUES MARITAIN, *El doctor angélico*, B. Aires, 1942.
MARTIN GRABMANN, *La vida espiritual de Sto. Tomás de Aquino*, B. Aires, 1945.
ETIENNE GILSON, *El tomismo*, B. Aires, 1951.
G. M. MANSER, O. P., *La esencia del tomismo*, Madrid, 1947.
TOMÁS DE AQUINO, *Opera Omnia*, ed. Luis Vives, París, 1889.
N. BERDIAEFF, *Una nueva Edad Media*, Barcelona, 1938.
N. ABBAGNANO, *Historia de la Filosofía*, ts. II y III.
F. J. THONNARD, A. A., *Précis d'Histoire de la Philosophie*, Bélgica, 1946.

FILOSOFIA DE LA COORDINACION

Dr. JOSÉ VASCONCELOS

PREÁMBULO

EL SILENCIO ES AL SONIDO lo que la luz blanca al color. De la luz natural salen todos los colores cada vez que opera el sortilegio del prisma. Del silencio emergen sonos cada ocasión en que los seres o las cosas se mueven y chocan. De la entraña del silencio arrancan gritos de angustia, o acentos de dicha y esperanza, los seres vivos, siempre que se agitan y actúan.

En vez de la nada del sonido, su negación, el silencio, es la matriz de todos los clamores. Sin silencio no habría notas así como no habría colores si no existiese la luz. Y así como la luz es armonía y fusión de todos los colores, el silencio es armonía y cohesión de todos los sonidos. Se equivocaron los pitagóricos al afirmar que la música de las esferas suena; la música perfecta es silencio; tal y como el color se disuelve en la armonía que es luz. La armonía cabal es silencio.

No hay en la suma de los colores o en la síntesis aplacadora de los sonidos, que es el silencio, ningún resabio de la unificación de tipo abstracto, de identificación. Las notas, los tonos diversos, los sonidos diferenciados no se reducen, como si fueran casos particulares de un mismo género a una sola esencia que sería el sonido. Entre sí y dentro de sus conjuntos, las notas y los colores son individuaciones; no es posible traducirlas unas a otras, ni siquiera

conceptualmente; para desarrollo de color o sonido es indispensable que subsista cada uno, la nota y el color, fieles a sí mismos. Las imágenes rápidas que usa el cinematógrafo son invariables, de otra manera no engendrarían la traslación que, por continua y diversa, es creadora de algo que simula vida: el movimiento gráfico significativo, nace de una concurrencia de heterogéneos, no de la suma de sus partes. El orden que sin embargo liga colores y notas es muy distinto de un común denominador cualquiera. Si los colores no se conservasen auténticos, no engendrarían la maravilla de la luz; si las notas no poseyesen estructura vibratoria invariable, su entrecruzamiento armonioso no engendraría la ventura del silencio. Se trata, pues, de fusión y unión de tipo no discursivo sino armónico, no analítico, sintético: no aditivo sino heterogéneo y coherente.

LAS FORMAS ESPECIFICADAS DEL CONOCER COMO ACCIÓN

Formas elementales y específicas del conocimiento, se nos manifiestan en la actividad de todo lo que nos rodea. Examinemos la manera como se desenvuelve el movimiento en los seres vivos. La primera condición del movimiento creador es el ritmo. En él hallamos un modo de la acción y también un modo del conocimiento. Analicemos la marcha del hombre: consiste de dos impulsiones desemejantes que producen avance corpóreo. Adelántase el pie izquierdo y le sigue el pie derecho; los dos impulsos heterogéneos se resuelven en la unidad que llamamos un paso. Nos hallamos frente a una contradicción palmaria de la matemática que nos dice que uno y uno son necesariamente dos; en el paso humano uno y uno combinados, nos dan uno, un paso. Y si observamos un caballo que trota, veremos que la acción acompasada de cuatro patas engendra un salto; de suerte que el concurso de cuatro elemento dinámicos heterogéneos nos da una unidad que es el salto. ¿Quién podrá negar, entonces, que cuatro ya no es aquí igual a cuatro? ¿Qué haremos ante la evidencia desconcertante

de que cuatro es igual a uno? Lo cierto es que nos hallamos ante un modo sui generis de conocimiento.

Postulemos en consecuencia una ley propia de la constitución de vivir, el ser, a diferencia de la sola extensión geométrica; uno y uno, si son diferentes en calidad como lo izquierdo y lo derecho, no dan dos, sino una unidad nueva que engloba ambos y genera acción. Uno más uno, más uno, más uno, o sean cuatro unos, diferentes en calidad pero concurrentes en un propósito vivo, vuelven a dar uno; pero un uno de género superior, vital, activo.

¿Cuáles son las consecuencias filosóficas de estas verdades evidentes como las de la matemática, sin embargo, totalmente diferentes en sus resultados? En seguida veremos que para explicarlas se hace necesario un cambio radical de los métodos usuales de la filosofía.

LA COORDINACIÓN

El problema de la unificación de los heterogéneos lo vengo tratando desde hace años. En mi *Estética*, publicada por el 1937, apunté la solución que sigue y es la base de lo que hoy llamo: Filosofía Estética o Filosofía de la Coordinación. Consiste la solución en afirmar que, elementos que no pueden, ni deben reducirse al denominador común que suponen la abstracción y la lógica, se pueden manejar, sin embargo, ordenadamente, gracias a las formas que conocemos con los nombres de: ritmo, melodía, armonía y contrapunto. Postulo, en seguida, que el ejercicio de tales formas estéticas obedece a un sistema de acción que titulo: *apriori estético*, por analogía con el apriori mental clásico. Pero señalando que el apriori estético nos lleva a un modo de pensar por concierto o concurrencia de intenciones y significaciones, diferente del método abstracto propio del discurso.

Por este mismo camino, llegué a la tesis que aparece en mi *Lógica Orgánica*, publicada hace unos catorce años, en la cual

afirmo que pensar, para el hombre moderno, ya no es reducir lo particular a lo general, sino que: pensar es *coordinar conjuntos*.

Un ejemplo ya expuesto en mi *Lógica Orgánica*, define la posición que adoptamos.

Al decir hombre, no consumamos hoy la operación discursiva clásica: "hombre, caso particular del género humanidad"; no referimos el individuo a su género, sino que pensamos en el hombre como cuerpo vivo racional, o en el hombre como miembro de la sociedad, o en el hombre como ser de destino, un alma; o como el hombre, compuesto biológico, cuyos caracteres nos darán la física y la química, etc. En resumen, en torno al hombre, vamos deslindando una serie de círculos o zonas de realidad, sujeta cada una a leyes propias: la ley de la física, la ley de la química, de la lógica, de la moral, de la literatura. El pensar, entonces, opera ligando zonas de experiencia, conjuntos de conocimiento: el de la física, el de la química, etc. Tomado separadamente, cada uno de estos conjuntos es homogéneo en cuanto a las leyes de su acción; observado dentro de la totalidad hombre es heterogéneo. No pueden ser reducidos unos a otros, los distintos conjuntos; no los podemos unir por medio de simplificaciones, como la de la aritmética o la abstracción. Mentalmente, los unificamos, pero no por relaciones ónticas o lógicas, sino por la conexión que entre sí revelan, de hecho. En efecto, el existir físico no se puede explicar, sino mediante las leyes de la física y la química; a su vez la biología obedece a leyes diversas aunque no independientes de las físico-químicas. En seguida para juzgar al hombre consciente, entran en juego las determinaciones del espíritu, tales como la lógica, la poesía, la religión. Todo esto nos obliga a reconocer un Todo que no es caos, sino orden estricto, pero no orden lógico abstracto. ¿Se trata de un orden de armonía y proporción movido en último extremo por Eros? Probablemente, pero esto como meta final. En la realidad que nosotros percibimos, la ley del conjunto nace de las relaciones de hecho de los conjuntos parciales: la física en sus relaciones con la química y éstas con la biología, etc., etc. La ley de la integración última es la que consuma

la meta de la acción. La unidad de tipo abstracto matemático, resulta todavía más inepta cuando pasando de lo corpóreo asistimos a las operaciones propias del espíritu; son éstas de tipo comprensivo, integrador, como la actividad que da vida a los conjuntos. El pensamiento de esta suerte se identifica con el funcionamiento de los heterogéneos. La síntesis filosófico-estética, en consecuencia, se halla en el polo opuesto de la operación desintegrante, separativa e inerte que es necesario ejecutar para entender por análisis. El pensamiento coordina, emparentando los movimientos, buscando en ellos la armonía y la meta de la acción combinada que crea el conjunto. Y en cada conjunto se revela un existir renovado, que deja intacta la individualidad de cada una de las partes y éstas, por concurrencia, engendran todos parciales que las superan y les dan finalidad. En forma simplificada podemos observar la naturaleza de la coordinación, la coherencia en el caso del contrapunto musical. Sin despersonalizar las notas, las voces, el contrapunto engendra con ellas una composición, un significado, un mensaje rudimentario o alto. La filosofía tiende a descifrar la composición del Universo para expresarla en contrapunto de Sabiduría.

Consideremos el enigma del Todo concebido como un contrapunto de contenido universal. Todo así, no es "la abstracción de las partes", según la vieja definición. No es tampoco la suma de las partes. El todo es más que sus partes. Un todo es el conjunto de las partes y el resultado de la interacción de partes que son cada una, elementos internos activos. Alcanzamos de esta suerte la percepción directa de conjuntos dinámicos, vivos. Un todo congruente, como los que se dan en la existencia, es un sistema animado que añade intención y propósito al ser de las partes. Por su combinación, las partes logran lo que no podrían consumir por sí solas. De suerte que en el todo se enriquecen las partes. Así, por ejemplo, la sociedad enriquece las potencialidades de sus individuos. En cada todo orgánico, las relaciones complejas de las partes, concurren al propósito que es inherente a cuanto existe. El hombre es un todo complejo que rebasa el concepto de la uni-

dad abstracta. Secciones enteras de su persona quedan fuera del discurso. Tampoco lo abarca la sensación; la sensación nos revela una potencialidad del ser. Sin embargo, el hombre no es dispersión; en su esencia opera un instrumento dedicado específicamente a la labor de unificación por integración y coordinación; ese instrumento es la conciencia. La conciencia recibe en su seno el reflejo de las cosas y los seres y sus relaciones: lo ordena todo según las determinaciones de cada género de existencias y le da sentido hacia lo absoluto. La conciencia, insertada en el devenir universal, lo aclara, mediante el conocimiento, lo enriquece y orienta por la intervención de su voluntad. El Universo por su parte es pluralidad que se unifica en torno de la conciencia divina, y en ella encuentra integración y sostén. De esta suerte Dios es la conciencia del mundo. Pero la conciencia tanto en el hombre como en Dios, es más que discurso y sensación: es coordinación que mantiene un existir asentado en la armonía e impelido por el amor.

Reconocemos, en consecuencia, un todo que no es caos, sino orden estricto, pero no orden lógico abstracto sino orden existencial de armonía y proporción, como el de los colores o los sonidos, pero inmensamente más vario. Tan completo que sólo podemos unificarlo por armonía de afinidad en cuanto al fin último. Y no hay otra manera de concebirlo que por coherencia y coordinación. El centro vivo de todas las coordinaciones es el Creador del Universo. En él se opera un tipo de unificación que deja intacta la individualidad, la personalidad de cada una de las partes del conjunto, así se trate de un conjunto tan vasto como el propio Universo.

El hombre es el módulo que recibe en su seno al Cosmos y lo transfigura en dirección de lo absoluto, al mismo tiempo que en su conciencia descubre el germen que le dará ciudadanía en el Universo de lo Invisible. Por su parte, Dios unifica con su persona, su conciencia, el Universo que es su creación.

El problema de la unidad guarda estrecha relación con el problema de la verdad, pero la verdad supone diversas maneras de unificación.

Como postulado inicial podemos aceptar la tesis clásica que define la verdad, como acuerdo de pensamiento y realidad, cosa y concepto, mundo y conciencia. La verdad como correspondencia rigurosa de idea y realidad es una consecuencia de la Teoría de las Ideas y en seguida del logicismo, el conceptualismo que acaba por desentenderse de las cosas y de la vida. La teoría platónica de las ideas no suponía identidad entre idea y cosa ni sólo postulaba ideas. Quería que la idea fuese un modelo al cual la realidad aspira sin alcanzarlo. En este sentido el platonismo es fecundo: deja de serlo cuando se acepta como Hegel que el "ser es la idea"; *ser es en todo caso una coordinación de elementos que poseen concreción y propósito.*

El desarrollo escolástico, fundado en la teoría aristotélica de forma y materia, condujo a la definición: que la verdad es "adequatio rei et intellectus"; en realidad esta doctrina sólo puede aplicarse rigurosamente al conocimiento como idea. Sólo puede haber identidad entre mi idea del triángulo y la definición del triángulo; nunca hallaremos identidad entre la idea del triángulo y los triángulos que pueden manifestarse en la naturaleza. Desde que nos hallamos en el terreno de los hechos, las verdades abstractas, las verdades de razón se aplican a los hechos, pero sólo relativamente. Recuérdese a Poincaré y su insistencia sobre la imposible identificación de las ecuaciones matemáticas con los fenómenos que estudia la ciencia. En ellos siempre hay mucho que escapa a la matemática. Eso que escapa, la calidad, es lo que intentamos captar en la filosofía de la coordinación. En la doctrina de la correspondencia, la verdad se define como acuerdo de realidad con idea. Pero queda fuera el capítulo de la interrelación, interacción de los hechos entre sí y de éstos con las ideas y las representaciones que ellos mismos engendran. Además, con-

tra lo que supone el intelectualismo, entre los hechos hay acciones y reacciones que no dependen de exigencias conceptuales, por ejemplo: cualquier fenómeno físico; al revés de los conceptos que sólo admiten relaciones lógicas. Aparecen así dos mundos diferenciados por las leyes de su existencia y desarrollo. El mundo conceptual se desenvuelve dialécticamente. El mundo de los hechos se desarrolla genéticamente (conforme la razón suficiente de Leibnitz) o según la casualidad, o la finalidad. Estos dos desarrollos han dado origen a las dos lógicas hasta hoy deslindadas: la deductiva y la inductiva. Y nosotros, en nuestra doctrina de la coordinación buscamos las leyes de un tercer desarrollo, o sea, el que combina los heterogéneos sin sumarlos o reducirlos a denominador común, sin simplicarlos en busca de unidades abstractas que no corresponden a lo que realmente existe o sucede. Sin encerrarnos en la simple observación de lo que ocurre de facto, pretendemos nosotros consumir una síntesis de heterogéneos dentro de la cual hallen cabida: la verdad dialéctica, la verdad experimental y un nuevo tipo de síntesis, el propio de la conciencia que pone en ejercicio la plenitud de sus facultades. Esta operación consciente, llámese intuición o como se quiera, sirve para que nos demos cuenta del movimiento creador que opera en cada punto del Universo. Esta operación coordinadora obedece a lo que llamamos un orden estético. En él se integra la pluralidad a fin de que podamos pensarla, sin falsificarla en abstracciones, sino tal cual es: diversa, activa y coordinada. No hay otra manera de entender la realidad. No es legítimo identificar idea con realidad. Las cosas no nos llegan a la conciencia del mismo modo que las ideas, ni con parecida certeza. Las conocemos por experiencia, que se nos manifiesta como representación siempre variable, por estar subordinada a los cambios de sensación y memoria, sin embargo, sujetas a leyes. Las leyes propias de las cosas, ya sean causales, ya estadísticas, no son necesarias como lo son las de los conceptos, lo que prueba que en el Universo no hay necesidad sino divina y creadora espontaneidad, al revés de la verdad formal que acaba

identificando el hecho con la abstracción, reemplazando así la realidad viva, con el mundo inerte de los entes. Mírase entonces patente el error de explicar la realidad por caminos unilaterales, ya sea el del discurso, ya sea el de la sensación. Ni siquiera coinciden ambos entre sí, aparte de que no abarcan todo lo que llega a la conciencia. El todo complejo que es el hombre, no encuentra su unidad ni por medio de la mente lógica y su principio de identidad, ni por la vía de la sensación y su provisionalidad. El hombre deriva unidad y certeza de su conciencia que es la madre del conocer y también inserción de lo fijo de los principios, los aprioris en la corriente misteriosa del devenir.

Consecuencia de lo dicho hasta ahora y lo que vendrá después es que postulamos una filosofía sin entes, propiamente sin metafísica. No reconocemos encima ni abajo porque todo es divino en su origen y proporcionado conforme a su situación, dentro de una existencia que abarca todos los lugares en la infinidad del tiempo. Filosofía de hechos pensados, según la manera en que los hechos aparecen, se desarrollan y cumplen. Lograremos así una filosofía del vivir real y concreto, sin conceptualismos deformadores. Constantemente, filosofía ha estado equivaliendo a destrucción y exclusión; se suprime al individuo, para pensar en el universal: se maneja el concepto y se deja la realidad "entre paréntesis". Nuestra filosofía usa el universal para mejor determinar al individuo, lo aprovecha como instrumento estructural, indispensable para plasmar como ser de existencia, pero en vez de darle la espalda a la realidad entra en ella confiada en que ha de hallarle significación y armonía.

La verdad es como el diamante: sus caras dirigidas a planos distintos recogen la claridad de todos los rumbos, para lograr brillo y firmeza. Lo que sólo en un plano se desenvuelve es pobre y por fortuna falso.

La causa de la estrechez de ciertas filosofías contemporáneas procede de la limitación que impuso Descartes a la noción del ser. Aun desde el punto de vista de la visión, la conciencia es poliédrica. Postuló Descartes pensamiento y extensión y nada más, con

lo que divorció la filosofía de la vida que es lo mismo que divorciarla del ser. El poeta percibe la unidad de las cien facetas del diamante y lo infinito de los factores que en el Universo concurren a la armonía. Y la armonía es la estructura del todo de la existencia. El filósofo poeta ordena la pluralidad sin menoscabo de sus partes, siguiéndolas en su funcionamiento significativo y creador. De allí que el verdadero poeta atine mejor que el filósofo idealista en la tarea de lograr una concepción coherente de la vida. Y sólo es filósofo en grande quien alcanza una visión universal de tipo poético cuya norma no es el discurso sino el orden creador que se desenvuelve según las formas del ritmo, la melodía y la armonía.

EL PROCESO DE LA COORDINACIÓN

La doctrina de la coordinación encuentra sus orígenes más remotos en el hecho de que la conciencia en su despertar no atiende a una sola cosa, ni siquiera a varias cosas aisladas y particularizadas, sino a todas las cosas, sus relaciones, sus conexiones. El primer esfuerzo mental es el de comparación entre el yo que piensa y los objetos externos que son diferentes a él. La conciencia los reconoce como diferentes, pero nunca como ajenos a nuestro yo; la convicción de que podemos actuar sobre las cosas, aprovecharlas, dirigirnos a ellas o defendernos de ellas y eludirlas es tan elemental en el pensar, como la visión misma y la representación que nos particulariza cada objeto. Todo conocimiento va acompañado de un significado atribuido al objeto, ya de afinidad ya de repulsión y diferencia. El próximo saldo del juicio es el que reconoce la interacción de las cosas entre sí, ya no con relación directa a nuestra persona. De esta suerte, en todo pensar aparte del elemento del "cognoscere" primitivo que viene de agarrar, apoderarse de algo, aparece también un sentido de posibilidad en cuanto al uso o la relación que podemos establecer con lo percibido. Aparece también la noción de las relaciones entre

las cosas mismas. En cada caso, pensamos, siempre dentro de un sistema. Averiguar el engrane y el operar del sistema es tan necesario como deslindar sus elementos. Conocemos por síntesis antes que por análisis. La operación de la síntesis consiste en una coordinación, para tal o cual fin, de los datos captados por la conciencia. El análisis que descompone esos datos es fecundo cuando sirve para formular mejor la síntesis. Un pensamiento que se conforma con el análisis, no es un pensamiento filosófico. La síntesis es la operación capital del filósofo. El desarrollo de la síntesis aprovecha los principios de la razón. El principio de identidad, trasunto de la permanencia de nuestro yo consciente, nos lleva a distinguir las cosas para referirlas en seguida al yo permanente que se supone idéntico a sí mismo. Pero como todo lo que existe cambia, incluso nuestra propia individualidad, la filosofía eleática no es otra cosa que un escape hacia la ficción de la identidad. Y para conquistar certeza, la identidad tiene que refugiarse en la simpleza del A es A y no B, principio que es válido sólo para las creaciones mentales que son las ideas, nunca para las cosas y los seres que poseen existencia real. La identificación que postula la mente lógica no corresponde rigurosamente a la realidad, porque no hay en la naturaleza dos seres, dos estructuras, dos organismos exactamente iguales. La identidad es una ficción necesaria al intelecto, contraria a la naturaleza y también al espíritu que por doquiera plasma según la heterogeneidad. Y si no hay identidad rigurosa entre los objetos concretos, menos aún, la hallamos en los sujetos del pensamiento. La identidad en cada sujeto, sirve para sostenerlo en la afirmación de su unicidad, singularidad: soy yo diferente a todo lo demás de la existencia y no hay otro igual a mí exactamente; y no pueden consumarse en mí sino identidades de concepto. El único que soy, es el testimonio de la infinita variedad, de seres análogos, que ni quieren ni pueden resolverse en abstracciones como las esencias, o los entes de los metafísicos. Fuera del conceptualismo, el principio de identidad tiene que transformarse en experiencia del yo frente al tú, del yo frente a la pluralidad.

El concepto define la cosa, le otorga figura asequible al espíritu, pero el mal está en que pronto se olvida el residuo de significado que no marca el concepto. Este mal de origen viene de la tendencia matemática de reducir las cosas a común denominador. Esta operación sirve para sumarlas; a la filosofía no le importan las sumas; quiere enterarse del mundo como es, en su constitución íntima, sus leyes, su orden peculiar, su armonía y su afán que se expresa en odio y amor. Las sumas nos dan identidades que ya sólo interesan dentro de la cantidad. En su operación final de las ecuaciones, la matemática, según lo ha demostrado ampliamente Brunswick, no hace otra cosa que formular identidades. El tipo de unidad que la filosofía debe alcanzar es muy distinto y se parece más que a la matemática, a las unidades de sentido que da el lenguaje; a las unidades como armonía que engendran los sonidos en la música y los colores en la luz.

Los conceptos se unifican por abstracción que elige ciertos caracteres para construir un género y elimina otros que a menudo son esenciales. Los individuos, los seres, se unifican por vía de relación congruente, puesto que no es legítimo prescindir de uno solo de ellos. Para el pensar estético, cada cosa y aún cada propiedad de las cosas ha de mantenerse individualizada y única. De otra manera el conjunto a que cada cosa pertenece no podrá funcionar según capacidades y jerarquías. Se trata de un funcionamiento que no es posible expresar con ecuaciones. Para la filosofía de la coordinación, la identidad de cada ser y cada cosa es única e indisoluble. Con respecto de todo lo que existe, igual a sí mismo, diferente cada uno de los demás. Se advierte, en seguida, la diferencia radical que separa este tipo de identidad: persona, una en lo vario, y la identidad abstracta que suprime lo vario y su derecho a persistir ante la conciencia. La abstracción iguala los unos que son por esencia inigualables. El principio de identidad afirma que A es igual a A . Esto es un postulado aplicable sólo a las abstracciones. En el mundo real, cada A es A y no es idéntica

a ninguna otra A , menos a una B cualquiera. Cada ser es único en su contextura, en su función y en su destino. Y, sin embargo, podemos pensar juntos, sin esfuerzo alguno, a todos los seres; los pensamos siguiendo con la imaginación el ejercicio regulado y ordenado de sus concreciones y sus interdependencias. El secreto de este pensar se manifiesta en la experiencia ordinaria y en la experiencia científica. Para organizar la experiencia, hemos menester de las formas mentales, las categorías, pero como instrumentos, de conformación y de medida. Se sale de la experiencia y se cae en el error conceptualista, cuando convertimos formas, conceptos, categorías, en fetiches o ídolos del conocer; entes falsos, porque la creación, consiste de una variedad de criaturas ligadas por sus actividades y sus propósitos. De esta suerte el principio de identidad, caracteriza a la criatura, pero sólo la afinidad y la armonía nos permiten concebirlas a todas en la realidad de su vivir. Y en él cada cosa es lo que es y no lo contrario. Al revés del que diga que todo es uno y lo mismo.

Tomemos un ejemplo: 2 más 2 igual a 4; esto es cierto sólo cuando sumamos los entes que son cada número. En el momento en que manejamos cosas, la situación cambia radicalmente. Aparte de la identificación que supone el decir: dos manzanas y dos manzanas son cuatro manzanas, sabemos que la chispa y la pólvora pueden sumarse diciendo que son dos cosas. Pero en seguida advertimos la futilidad de reducir chispa y pólvora al género cosas. Nos consta que el efecto de combinar chispa y pólvora es la explosión. Ni el proceso ni el resultado tienen que ver con la suma. Elementos heterogéneos, dispares, al reunirse, producen efectos inesperados que podrán ser objeto de medidas expresadas en fórmulas, pero que no deben su origen a la combinación formal, matemática, sino a las cualidades heterogéneas, de la pólvora y la chispa, o del rojo con amarillo, que producen efecto agradable. Tampoco se puede sumar rojo con amarillo; para expresar la liga abstracta y numérica de los dos heterogéneos rojo y amarillo, decimos que son dos colores; pero el artista no se conforma con la obvia definición genérica; ya se sabe que son colores; lo

que le preocupa es la cualidad que hace fecunda la combinación de los colores. Reducir uno al otro, según el procedimiento abstracto, es imposible sin prescindir de las cualidades de ambos: combinándolos de hecho se nos da la novedad de que engendran el naranjado, etc. Exponer los colores, oponerlos, para lograr efectos de armonía, es la tarea propia del artista. Lejos de reducir un elemento a otro, el artista se apega a sus diferencias; el rojo ha de seguir rojo y el amarillo, amarillo. Pensamos así, el mundo enriquecido de la realidad y dejamos de lado el mundo empobrecedor de la abstracción.

FILOSOFÍA COMO SIMPLIFICACIÓN Y FILOSOFÍA COMO ARQUITECTURA

La filosofía comienza con un esfuerzo de reducción de la pluralidad a la unidad. Encontrar un elemento al cual pudiesen ser asimilados todos los cuerpos, todas las apariencias, fue la ambición de los primitivos filósofos. Tales creyó haber resuelto el problema cuando afirmó su tesis de los cuatro elementos constitutivos de la creación que creyó poder reducir a uno solo afirmando: "todo es tierra". Después de Tales, Anaxímenes modifica la solución cuando afirma que "todo es aire", y más tarde Heráclito asentaba: "todo es fuego". Y si de los físicos pasamos a los eleatas, veremos que la tendencia es la misma: encontrar una unidad a la cual pueda referirse todo lo existente, todo lo cambiante. Al advertir que los hechos cambian pero la idea subsiste, surge el idealismo que no es otra cosa que el mismo esfuerzo de reducir lo plural a lo uno; en este caso, la idea representa un uno de apariencia inmutable. En este uno, la idea inmutable, se fundará todo el idealismo, sin advertir el mal de origen que consiste en reemplazar las cosas reales o seres vivos con un ente que no tiene otra virtud que su ficticia inmutabilidad. La idea del triángulo no cambia, pero un Universo compuesto de triángulos abstractos, de ideas inmutables, es un Universo falso que sin embargo es capaz

de un desarrollo natural, desarrollo científico que es el de las conexiones lógicas entre los conceptos. A base de conceptos fijos y de relaciones lógicas se ha construido una filosofía ya milenaria, sumamente ingeniosa y que divierte a determinados espíritus teóricos, pero que no corresponde ni a la realidad del Universo externo ni al misterio de la conciencia humana y sus destinos. El descubrimiento pitagórico del número como esencia de los seres y su consecuencia obligada de que las relaciones numéricas, la matemática, explicarían el proceso del mundo real, debe ser visto como otro ensayo fallido. Desde hace tiempo sostenemos que la fecundidad del descubrimiento pitagórico no está en el número que se desenvuelve según sumas y restas infecundas, en ecuaciones obvias, sino en haber hallado que todos los movimientos de la creación obedecen a un ritmo cuyas leyes no son matemáticas, aunque a veces sean susceptibles de determinación matemática. A través de la historia de la filosofía ha subsistido la división entre realidad plural por un lado y por el otro nuestra mente, cuyas normas no son adaptables rigurosamente al Universo externo. Propiamente ni siquiera nuestra conciencia puede ser subordinada a las leyes de la lógica o a las leyes del cálculo matemático. Y es porque en la creación se nos manifiestan series de procesos. Cada uno de estos procesos obedece a ley propia, y el afán de unificar en el sentido de reducir un proceso al otro, de identificar un elemento con otro elemento, ha sido siempre y seguirá siendo un afán bastardo. La filosofía no busca unificar lo heterogéneo, no es una aritmética que para sumar precisa reducir las cantidades a un común denominador. La filosofía es un ejercicio que comprende algo más que la cantidad. Sólo la cantidad es reductible a términos matemáticos y a términos lógicos, no así la calidad. Y tanto el mundo exterior, como la conciencia del hombre, están hechos con elementos y variantes de cualidad.

El error fundamental de los filósofos ha sido en consecuencia desentenderse de la calidad que no se somete a sus esquemas o reducir la calidad a cantidad para darnos sistemas de pensamiento en los que la realidad, la vida misma parecen sacrificadas, subor-

dinadas a esquemas de cantidad y de lógica. De ahí la insuficiencia de la filosofía a través de su historia, porque la conciencia del hombre no se resignará nunca a prescindir de la cualidad. En la cualidad encontramos no sólo la esencia de cada existencia, sino la ley de su determinación y de su desarrollo. De aquí también la antítesis que ha perdurado entre el temperamento del filósofo, por regla general del teórico, que se satisface con abstracciones, y el temperamento del artista que exige comprender sin destruir, comprender en su integridad un Universo que posee más contenido que el que cabe dentro de los casilleros de los filósofos. Hay en la filosofía figuras excelsas como la de Platón, que reconocían la necesidad de una filosofía de cualidades, una filosofía de concierto y no de exclusiones. Por desgracia lo único que de su obra pudieron entender la mayor parte de sus continuadores, fue la teoría de las ideas; teoría que en Platón no pasa de ser una hipótesis agradable, nunca una explicación de conjunto.

Pero hay además en la filosofía una figura poco recordada y que hoy se nos aparece como precursor y maestro de esta filosofía que llamamos "de la coordinación". Se trata del único filósofo antiguo que se rehusó a explicar el mundo convirtiendo lo blanco en negro y viceversa, sino que procuró hallar el elemento superior, una ley o un orden, dentro del cual se expliquen lo blanco y lo negro, sin dejar de ser negro y blanco. En suma, abordó la pluralidad sin reducirla a falsas unidades sino en su directo y vivo esplendor. No pretendió reducir el color al sonido ni lo humano a lo sub-humano o lo divino, sino encontrar la conexión no sólo inteligible sino sensible y estética que otorga su sitio y aprovecha para las finalidades superiores de la existencia cada una de las criaturas del Universo.

El antecesor a que nos referíamos, antecesor de esta "filosofía de la coordinación", es nada menos que Empédocles.

EMPÉDOCLES.

El gran predecesor de los que hoy postulamos la filosofía como coordinación, es Empédocles. Él habló, el primero, de que, es la combinación de los elementos el secreto del ser. Dijo también Empédocles: "no intentes reducir la calidad". Una filosofía de cualidades es la nuestra, en oposición a las filosofías abstractas que, para generalizar, prescinden de las cualidades y los caracteres que singularizan los seres.

La matemática no discurre si previamente no reducen las cosas, los predicados, a un común denominador. Pero la filosofía, integración cabal en cantidad y calidad, personalidad y destino, tiene que concebir los seres en su integridad; para ello se atiene a las relaciones de la armonía o la desarmonía. A la filosofía no le importan las sumas, quiere enterarse del mundo tal cual es en su integración cabal, de estructura y sustancia, en su realidad de seres que poseen caracteres irreductibles a otros. No hay entre estos seres común denominador posible, como no sea el de la existencia.

La idea de fijeza implícita en el uno abstracto, sedujo a las mentes más preclaras, que imaginaron haber resuelto el jeroglífico filosófico, sin advertir que al desarrollar ideas fijas, sólo ideas, al hacer platonismo incompleto, condenaban a la filosofía al divorcio de realidad y concepto: vida y ficción.

Desde entonces, la filosofía será juego de conceptos, desligados de los seres; fantasmagoría de entes sin posesión del ser; pesadilla de estructuras que flotan en el vacío y son declaradas eternas, pero a cambio de quitarles lo que es esencial en el ser: la potencia que lo hace cambiante, progresivo, real, jocundo y fecundo. Frente a esta inexplicable falsificación, el artista se ha quedado perplejo y su obra ha sido tanto más fecunda cuanto más se ha apartado de una filosofía que como tal filosofía es falsa.

La verdad, entonces, es armonía de pensamiento y realidad. Tengo sobre la mesa dos peras y dos manzanas, y pretendo informar de ello en lenguaje genérico: diré entonces que están allí cuatro obje-

tos, cuatro frutas. En este momento dejo de ser filósofo, si por filosofía se entiende sabiduría de conjuntos específicos, conocimiento de la multitud de las cosas conforme al orden que las hace existir. Al decir cuatro cosas, confieso el fracaso de la razón, el fracaso de la abstracción. No quiero hablar de cuatro cosas; mi verdadero deseo es traducir al lenguaje la placentera realidad de las dos manzanas de tamaño desigual, de color peculiar, las dos peras de lustrosa corteza apetecible. Tantas preciosas particularidades que se contienen en cada cosa, tengo que sacrificarlas para decir: "cuatro objetos". Si esto es hablar filosóficamente, hay que renunciar a la filosofía y, sin embargo, esta ha sido la filosofía: un sistema de esquematizaciones, falsificaciones de la realidad. Sostengo que el modo de expresión del artista, que pinta las manzanas, según el consejo de Empédocles, "sin sacrificar la cualidad", reproduciendo en imágenes la cualidad, es más filosófico que el del intelectualista que lo reduce todo a entes y números. El lenguaje de imágenes se sobrepone, cuando interviene el artista, al lenguaje de las ideas abstractas y con ello la expresión se perfecciona, se complementa. Afirmo que el filósofo ha de ser el intérprete de todas las expresiones, la conceptual, la pictórica, la musical, la expresión sentimental, derivada de las conexiones de la cosa o el ser con nuestra vida. Para lograr esta suprema síntesis no basta la razón; hacen falta los aparatos varios de que dispone la conciencia para conocer: aparatos que quizás se reducen a las tres categorías: apriori mental racional, apriori ético constituido por juicios de valor, apriori estético, que responde a las formas estéticas específicas: ritmo, melodía, contrapunto. El contrapunto, ya lo hemos dicho, es el silogismo de la estética, pero no equivale al silogismo, no puede ser reducido a silogismos, pues es como la realidad, armonización de lo diverso.

Para que tornen a colaborar filósofos y poetas, es menester recordar que, en definitiva, la función del pensamiento es ordenar; pero no sólo se ordena por géneros y especies, lo que da "un ordenamiento conceptual"; se piensa ordenando conforme las afini-

dades y relaciones que las cosas mismas y los seres manifiestan según su constitución interna y sus relaciones recíprocas.

De donde resulta que esta filosofía estética que postulo, lejos de ser confusa, aclara la confusión. Expresa la cosa en sí, el elemento irreductible a razón. El irracional que otros filósofos dejan sumergido en tinieblas, nosotros lo deslindamos según categorías específicas, las categorías de la estética. El orden de la belleza se construye en nuestro sistema según el ritmo, la melodía, la armonía y su finalidad. La finalidad se revela juzgando con la inteligencia y con la ética y la estética. Se alcanza así la finalidad absoluta que es Eros, divino amor que se organiza en formas de armonía dichosa y eterna.

FACTOR DE COORDINACIÓN

¿Cuál es el tipo de unidad que alcanza nuestra filosofía? Una unidad no matemática, una unidad compleja pero activa y organizada, la unidad que da a nuestro vivir la conciencia. La unidad que se encuentra en la acción en vez de la unidad de lo inerte.

Hay en la conciencia una raíz de orden sobrenatural. En ella lo natural es participación, no es origen. La conciencia es un compuesto trino y uno de pasado, presente y futuro; memoria, atención y previsión; al mismo tiempo, quietud y movimiento; a un tiempo, noción de cambio y certidumbre de fijeza. Este contradictorio original es la causa de todas las perplejidades del pensamiento y todas ellas se aclaran según la coordinación, que nos permite concebir pasado, presente y futuro en unidad de conciencia. La vida es acción pero en las tres etapas del verbo, pretérito, presente y futuro; un caso más de las determinaciones trinitarias que rigen a todo lo creado.

La Trinidad es el primer sistema impar y conforme a él se construye todo lo que tiene existencia. Por eso la verdad, toda verdad, es trina y no una; por eso también la verdad es coordinación, no identificación ni abstracción.

Si reducimos la cambiante fijeza de la conciencia a su elemento fijo, haremos idealismo y llegaremos a la absurda conclusión hegeliana de que "el ser es la idea"; si nos quedamos con el cambio, caeremos en el escepticismo de Heráclito que declara imposible la verdad. Pero si hacemos filosofía de la coordinación que respeta cada factor y le busca el proceso concurrente, advertiremos que el cambio tiene su estructura y su ley. Lo mismo en los cambios físicos que en el psicológico fluir de la existencia, los momentos del cambio canalizan según normas eternas ya de razón, o de experiencia moral o de belleza. El ser se manifiesta en la combinación, la armonización de elementos dispares. El ser se desenvuelve alternando irreductibles como: el cambio y la fijeza, la idea y el movimiento; la imagen y su armonía. Las imágenes expresan la realidad mejor que las ideas. Las ideas mantienen entre sí la conexión que les da la lógica; las imágenes para hacer sentido deben acomodar el Universo al orden de la conciencia.

No se rigen las imágenes por las asociaciones mentales que imaginaba Hume, sino por imitación y paralelismo de la acción de los cuerpos que simbolizan; las imágenes que responden a los cuerpos físicos, se gobiernan mejor por las leyes de la física que por la asociación de las imágenes en la memoria. La vida y sus estampas mentales obedecen en definitiva a las leyes de la biología y así sucesivamente, el Universo es un sistema de zonas diferentes que actúan una sobre otra y sin reducirse una a la otra. El conjunto actúa según armonía y proporción orientadas a un fin. La realización del fin último requiere que cada quien ejercite su función propia, cumpliendo así su destino. El Cosmos no está presidido por el Uno abstracto de Parménides. Lo rige la persona Divina que en la plenitud de su existencia se nos revela según la Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo; el Creador, el Redentor y el Verbo perenne que es sostén de los mundos.¹

¹ NOTA. *El Personalismo.*

Un gran refuerzo para mis propias reflexiones, vine a encontrarlo en los últimos años en la filosofía norteamericana llamada del Personalismo. Las conclusiones de esta escuela son de hecho las mismas que nosotros alcanzamos por caminos independientes. Tanto el personalismo como nuestra propia filosofía estética, son doctrinas

Partiendo de doctrinas como las del cuanta de los físicos, he pretendido generalizar, afirmando que toda creación supone la intervención de cuerpos y elementos heterogéneos, impares, disímiles. El número y la proporción de los elementos que integran la luz no es homogéneo, es irregular, impar, como el puñado del sembrador o el 'montón de monedas' que el pródigo regala sin contar. Con esto último basta para nuestra tesis estética; no es necesario desarrollar fórmulas matemáticas que, por otra parte, no hacen sino expresar en el lenguaje del cálculo, el hecho de la heterogeneidad de los componentes de todo acto creador. La antigua física del paralelismo y equivalencia de fuerza y materia, en combinaciones sin fin, como origen de lo que existe, supone una calidad homogénea en la fuerza y la materia, y se presta a desarrollos cartesianos de pura extensión. En cambio, hoy sabemos que ni la materia homogénea ni la fuerza como género se encuentran en la realidad. Propiamente no hay fuerza y materia como elementos separados. Lo único que existe es una familia de seres hechos de átomos, células, organismos, conciencias. Desde su origen el átomo es una estructura —protones y electrones en acción recíproca, específica—, cuerpo heterogéneo, como el nuestro, dentro del cual opera un principio de alma que llamamos electricidad o magnetismo y que es invisible al sentido, sin embargo, indispensable para explicar el fenómeno. No existen, pues, cuerpos sólidos, ni espacios vacíos; todo pasa en el continuo espacio tiempo que no pudo sospechar Kant. Desde el comienzo, la existencia es una acción de factores en perpetua interacción dispar. Lo abstracto y lo genérico carecen de existencia real y no pasan de ser, para muchos, una especie de "ídola menti". Comienza la tarea construc-

que toman en cuenta el desarrollo de las teorías científicas experimentales. Orientados por los pensadores científicos como Whitehead y los intérpretes de la física nueva, Eddington, Haldane, etc., y tomando a Leibnitz como punto de partida los personalistas yanquis, superan el determinismo positivista y alcanzan verdades que desembocan en la religión.

tora, en el átomo moderno, comparable a la mónada de Leibnitz, estructura dotada de interna actividad de desarrollo, diferente del todo del átomo homogéneo de Demócrito.

Y según lo tengo expuesto en mi *Lógica Orgánica*, si de la física pasamos a la química, nos encontramos con un sistema constructivo natural, perfectamente análogo a las combinaciones atómicas hechas de protón, electrón y ión. Los componentes de todas las sustancias son impares, heterogéneos, de otro modo no hay creación; ejemplo, H_2O , el agua, Cl_3Na , la sal, etc., etc. En cambio $H_2 + H_2$ produce suma que es aumento de cantidad, no creación de un cuerpo nuevo.

En vez de la antigua catálisis que era una palabra para designar un enigma, el químico de hoy estudia la acción de elementos eléctricos llamados iones que son factor o resultado de la combinación pero que no aparecen si los elementos de la combinación dejan de ser impares y heterogéneos.

También en físico-química, adoptamos, desde hace tiempo, el principio revolucionario que reforma la química de Lavoisier, la segunda ley de la termodinámica. La segunda ley de la termodinámica nos enseña que la energía ni es homogénea ni se conserva. La energía cambia de calidad por el fenómeno de la irreversibilidad y por eso mismo también, en vez de conservarse idéntica se degrada, al pasar de la creación al reposo, del trabajo a la inercia. Los seres de la física entonces se nos presentan impares, heterogéneos en su composición y sujetos a la calidad en su desarrollo.

Un paso adelante y tenemos la operación de la célula viva. De ella están hechos todos los seres vivos. Ya desde nuestra *Metafísica*, publicada en 1929, señalamos el carácter singular de la célula viva y la contradicción que hace del determinismo materialista, puesto que lo viola, al ejecutar actos finalistas. Recientemente Eugenio D'Ors, en su libro: *Secreto de la Filosofía*, señala el caso de la teoría de la evolución como uno en que ni Darwin (y podemos añadir, ni Spencer), se dieron cuenta de que minaban, echaban abajo el determinismo mecanicista en que, tanto Darwin como Spencer, siguieron creyendo pese a su evolucionismo. Los evolu-

cionistas Darwin, Goethe, dice Eugenio D'Ors, "introdujeron en las ciencias naturales un estilo de música, en otros términos, un estilo de historia y arrebataron la condición de estabilidad a nuestra visión del mundo, atacando por su base la validez del principio de contradicción. ¿Cómo se pudo compaginar la evolución con el mecanicismo, teóricamente dominante entonces?, constituye una de esas anomalías en que vemos caer a veces el espíritu colectivo. Darwin no se dio cuenta de que rompía la rígida racionalidad en la explicación mecánica del Universo. Pero antes que él, Leibnitz sí comprendió que su racionalismo no encajaba en el dinamismo de su monadología, por eso descubrió el cálculo diferencial que hace que la distinción del número 2 y el número 3 sea presentada como una distinción entre el negro y el gris porque la base de tal concepción se halla en la continuidad. Tenemos en Leibnitz todo un capítulo de saber emancipado de las leyes lógicas que gobiernan toda la ciencia". Se nos muestra Eugenio D'Ors en esta obra suya, que es el mejor libro de filosofía publicado en España en más de un siglo, como un pensador emparentado con el personalismo, según tiene que hacerlo a la fecha quien no hace lo que Husserl: taparse los ojos para no mirar lo concreto y los oídos para mantenerse sordo al rumor del Cosmos que es canto de vida. Por eso después no encuentra entre sus entes un sitio para el ser que posee acción y pasión.

Desde que en el seno de lo biológico aparece el organismo, hallamos en éste la oposición creadora propia de ciertos heterogéneos. No es fecunda la acción del ser vivo sin el ritmo concurrente de la izquierda y la derecha. Sin el mecanismo heterogéneo, pero concurrente del lado izquierdo y el lado derecho, el hombre sería un robot. Sin la acción dispar de macho y hembra la cadena de la vida se rompería. En la vida opera el principio de la trinidad igual que en la química. La condición de la heterogeneidad concurrente la encontramos en el Universo, desde la lucha y concierto del protón y el electrón en el átomo y pasando por la célula viva, hasta la Teología que enseña ser Dios, Trino y Uno, y no sólo uno o sólo tres. Y nos sorprende el hallazgo de que la Trinidad, que

es misterio de la fe y contrasentido lógico, resulta necesaria para la lógica de la coordinación que no maneja unidades de tipo matemático, sino factores, de calidad irreductible. En lo matemático se es uno o se es tres, pero el método de la coordinación nos enseña que el ser no existe ni en el uno ni en el tres, sino en la combinación de ambos, desde los hijos de la biología que proceden de la disparidad hembra y macho, hasta la naturaleza divina. Toda realidad se nos revela entonces construída según factores heterogéneos que para existir han tenido que consumir combinaciones de carácter impar.

Y la última verdad, milagro de los milagros, es que, dado el orden genético y no dialéctico de toda existencia, Dios es la Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Quedando resuelto así, de golpe, un problema que es insoluble para el racionalismo dialéctico. La razón racional no me permite concebir lo uno como trino y viceversa; pero la razón como coordinación encuentra obvio que toda unidad viva sea un resultado de la concurrencia de lo dispar, según armonía que se va resolviendo en amor.

LA OBJETIVIDAD INTRAVITAL DE LOS VALORES

Dr. LUIS RECASÉNS SICHES

Universidad Nacional Autónoma de México

LA FILOSOFÍA FENOMENOLÓGICA de los valores de Max Scheler y Nicolai Hartmann tuvo razón en las críticas que dirigió contra el subjetivismo axiológico, al poner en evidencia que los valores —sobre todo los de rango superior— no constituyen ni una expresión de lo que es agradable a un sujeto, ni tampoco la proyección de lo que un sujeto desea.

Ahora bien, si la *objetividad* de los valores significa que éstos no son meramente subjetivos, es decir, si significa tan sólo que no consisten en el resultado de mecanismos psíquicos, entonces, debemos declararnos en favor de la objetividad en el dicho sentido. Pero sucede que Scheler y Hartmann tendieron a sostener una especie de objetividad ideal *abstracta* de los valores, tendieron a desarrollar lo que un famoso filósofo de nuestro tiempo (Heidegger) llamó, graciosa e irónicamente, una “astronomía de los valores”. Esta concepción tiene el peligro de llevar a una especie de “utopía y ucronía” de los valores. Yo no me digo que Scheler y Hartmann cayeran en tal “utopía y ucronía”, pues por el contrario relacionaron los valores, al menos en cuanto a su “deber hacer” con las realidades de la vida humana, tanto individual como social-histórica. Sin embargo, esa tendencia a la utopía y a la ucronía está, por lo menos latente, en aquella filosofía fenomenológica.

Frente a esa tendencia a considerar los valores como puras esencias ideales, en un remoto firmamento, considero que es neces-